

Mariano Picón Salas

El tío que volvía del Brasil...

HASTA a nosotros nos llevaron a recibir a ese tío que venía del Brasil. Diríase un extraño personaje que llegaba a mezclarse en nuestra vida, a ocupar un sitio en la casa grande del abuelo, después de tanto tiempo, cuando las tías se habían casado y tía Eduviges y tía Engracia se resignaban ya a su vida callada y devota de tías solteras.

Era hasta entonces tan grande y silenciosa la casa del abuelo. Podíamos perdernos los nietos en el vasto solar plantado de árboles donde se hacinaban las basuras y objetos inútiles. Allí nosotros descubríamos cosas tan fantásticas como el cuello de una copa pintada, sobres vacíos con las estampillas de un país lejano, vidrios, paños o papeles. En el abandonado pabellón de zinc para los temblores, construido después del terremoto del 94, jugábamos a nuestras anchas: Luis, que había sido monaguillo, decía misa o predicaba; imitábamos los mítines y los discursos de los obreros; una blusa rosada de la tía Engracia—una de esas blusas bordadas que se usaban allá por el 905—nos sirvió en una ocasión de bandera revolucionaria, y cuando nos regalaron un paquete de almanaques del «Vino Tónico de Winstermich» establecimos una escuela.

De la gente—del abuelo, de la abuela, de las tías—quedábamos separados por la puerta del solar, y por un corredor

en construcción que el abuelo no terminaba esperando la baja de los materiales. La madera, el cemento, la cal y el ladrillo, todo estaba entonces muy caro...

¡Quietud de la casa donde nosotros podíamos andar a nuestro antojo! El abuelo siempre en su escritorio pasando las cuentas a su «Libro Mayor» o atendiendo a sus visitantes; la abuela cosiendo o leyendo «El año cristiano» o cerca del horno preparando el amasijo. Las tías regresaban de la novena.

Y ahora esta paz, este olvido en que vivíamos, otro venía a interrumpirlo.

Porque cuando muchos años antes el tío se fué de un modo tan sorpresivo, produjo un terrible desconcierto en la casa. Aun no se habían casado las tías y ellas y la abuela no hacían sino llorar. El abuelo decía que no quería saber nada del ausente e hizo testamento y distribuyó sus bienes y no volvió a salir de aquel escritorio donde los nietos le conocimos siempre entre su «Libro Mayor», sus escrituras, su cajeta para sorber rapé.—Lo único que le deseo a ese hijo es que sea feliz y que no regrese nunca, decía a los visitantes que se lo recordaban. Por conducto de terceras personas, vagos y contradictorios informes de viajeros, la abuela y las tías tenían de tiempo en tiempo noticias del hijo y del hermano: quién le vió en Manaos preparándose para una expedición a buscar caucho en la selva; era en la época del alza del caucho y los informantes suponían que se había enriquecido y le iba bien. Otro dijo que se había casado con una mujer inglesa, y la abuela se santiguaba al pensar que esa mujer fuese protestante. Después negaron que se hubiese casado. Y así, entre lo que se oye y lo que se imagina y los recuerdos que duelen y hacen llorar, trascurrieron varios años. Nosotros no habíamos nacido; vinieron una revolución y un terremoto, no llegaban más viajeros de Manaos, la abuela tuvo que cuidar de los ajuares de sus hijas que se casaban, éstas de sus novios, después de sus hijos; y todo fué volviendo a la tranquilidad.

Hasta hubo una época de optimismo cuando el abuelo resolvió reformar la casa: construirle un corredor y una galería

nuevos, y se mezcló otra vez en negocios, hizo un viaje a la costa, ganó dinero en unas acciones.

Ahora el hermano que estaba en el Brasil era un fantasma borroso de la infancia de mis tías que ya empezaban a encañecer. Hasta había desaparecido la pena o el rencor que en otro tiempo les produjo su fuga y hablaban ya de él con esa calma evocadora con que hablamos de las personas queridas que desaparecieron o murieron. Cualquier cosa les traía su recuerdo: una fruta que a él le gustaba, un baile o unos amoríos, y siempre era un recuerdo grato como son entre la niebla de los años los de la infancia y de la juventud.

Reían con sus rostros llenos y ya trillados por la vida mi madre y mis tías casadas: ellas estaban cerca de sus maridos y sus hijos; eran felices, se prolongaban las sobremesas en el vasto comedor del abuelo, todo parecía ahora tan calmado y seguro, los viejos tenían buena salud, el viento tibio del estío hacía ondular la enredadera que nos protegía del sol y lentamente, voluptuosamente, nos corría por las venas el calorcillo dormilón del buen vino.

* * *

No era como lo imaginábamos el tío que volvía del Brasil. Paquito, el mayor de los muchachos, nos había dicho que las gentes del Brasil usan grandes sombreros de paja, se anudan en el cuello un pañuelo de color a guisa de corbata y nunca les falta un machete terciado sobre el pecho. Confundía Paquito los habitantes del Brasil con aquellos hombres morenos que en las etiquetas policromas de algunas cajas de puros, cosechan el tabaco en los verdes hierbales.

Porque era un hombre pálido, avejentado, canoso, semejante a muchos hombres enfermos, el que llegó a la casa. Y no había en su vieja maleta descascarada nada que nos revelara a nosotros—lectores de las «Mil y una noches» y de «Simbad, el marino»—la sorpresa de los lejanos países, de las tierras distantes donde existe una negra montaña de imán y una gruta de

esmeraldas. Apenas había en su maleta ropa, la ropa sucia de aquellas tierras donde hacía mucho calor y las gentes la mudan dos veces al día.

Pero ni las camisas, ni las camisetas, ni los cuellos son distintos en el Brasil. Sufriamos nuestra primera desilusión geográfica.

Y no llegaba el tío como llegan siempre los aventureros de los cuentos, trayendo el precioso e indispensable talismán para curar a la hija del rey enferma de muchos años; no llegaba imponiéndose a los demás por sus tesoros y sus extrañas artes; diríase más bien que imploraba refugio y los parientes se lo concedían con algo de bondad desdeñosa, como si quisieran perdonarlo y no pudiesen todas las faltas que él cometiera en su juventud.

Después del almuerzo de bienvenida en la casa del abuelo que los congregó a todos y que estuvo largo, silencioso, forzado, todos hablaban del presente, temían a las explicaciones, hacían bromas, querían darle a entender que nunca estuvo ausente; la vida de todos—sus negocios, sus trajines, sus empresas del momento—pasaban ante los ojos de él como en una película; se hizo tarde, hubo que encender las luces, tío Juan se acordó de que estaba citado para tratar un negocio importante; tía María, que había dejado al nene en su casa, debía ir a verlo; todos se despidieron.

Él también estaba fatigado. Y quedó solo por primera vez en su pequeño cuarto, donde los viejos muebles familiares que han asistido fieles y pacientes a toda la historia de la familia, son el corazón de la casa paterna y nos recuerdan y reprochan tantas cosas.

* * *

Vino con fiebre del Brasil y ahora casi no sale a la calle. Los muchachos le vemos pasearse solitario por los corredores de la casa; entra a la sala, se sienta en una mecedora y hojea un viejo album de retratos.

Visto desde afuera, en la penumbra de la sala, entre los

muebles oscuros y las pesadas cortinas de damasco que impiden la luz, parece un fantasma.

Diríase que espera algún negocio que no ha de venir o que, entre las viejas cosas llenas de recuerdos, busca su vida.

Por eso cuando él pasa y nosotros jugamos en el corredor, nos separamos, guardamos silencio y le abrimos esa senda muda que se abre a los que perdieron algo y tantean para encontrarlo.

Es un extraviado en la casa donde todos parecen haber realizado siempre la misma labor: la vida que se interrumpió un momento con su llegada, ahora sigue su curso; los tíos van a sus negocios, las tías a sus devociones, y el abuelo copia sus cuentas en su «Libro Mayor». Todos los años que trascurren con sus largos doce meses—1894, 1895, 1896—están en el libro del abuelo, y sólo para el recién llegado el tiempo se parte y toca el vacío.

Un día, con el pretexto de un corto viaje de negocios, se fué de la casa. La sala se cerró de nuevo con sus muebles y sus retratos viejos y los corredores libres ya de la busca afanosa del intruso, se ofrecieron otra vez, confiados, a nuestros juegos. Por varias semanas le guardaron su puesto en la mesa del abuelo, pero un telegrama lacónico anunció su muerte en un pueblo de la costa, cuando empezaba a trabajar.

Ya había pasado para impresionarnos como
una figura vista en un libro de estampas
o el personaje de un sueño, la sombra
del tío que volvía del
Brasil...